

ESPÍRITU DE DIOS Y EL ESPÍRITU SANTO EN LA SAGRADA ESCRITURA: TEOLOGIZACIÓN DE UNA EXPRESIÓN LINGÜÍSTICA

Abelardo Bazó Canelón*

RESUMEN

Lo que teológicamente conocemos en la actualidad con la expresión Espíritu Santo, ha sido fruto de un camino terminológico que la Escritura designa con el nombre espíritu (*ruah* en hebreo y *pneuma* en griego), y cuya comprensión fue evolucionando a lo largo de la historia de la salvación en la confección de la Sagrada Escritura. Su significado en más indeterminado en el Antiguo Testamento y más concreto en el Nuevo. En el Nuevo Testamento, más allá de las frecuentes alusiones joánicas al espíritu de la verdad o Paráclito, es Lucas, después de Pablo, quien más frecuentemente lo menciona, con un claro significado teológico.

PALABRAS CLAVES

Espíritu Santo, Espíritu de la verdad, Espíritu de Dios, Paráclito, abogado, defensor, viento.

ABSTRACT

*What we theologially know today with the expression Holy Spirit, has been the result of a terminological path that the Scripture designates with the name spirit (*ruah* in Hebrew and *pneuma* in Greek), and whose understanding was evolving throughout the history of salvation in the making of Sacred Scripture. Its meaning is more indeterminate in the Old Testament and more concrete in the New. In the New Testament, beyond the frequent Johannian allusions to the Spirit of truth or Paraclete, it is Luke, after Paul, who most often mentions it, with a clear theological meaning.*

KEY WORDS

Holy Spirit, Spirit of truth, Spirit of God, Paraclete, lawyer, defender, wind.

En el lenguaje cristiano, luego de veinte siglos, es ya común emplear la palabra “Espíritu Santo” para designar la tercera persona de la Santísima Trinidad. Sin embargo, esta expresión es relativamente rara en el Antiguo Testamento y no siempre está claramente asociada a una dimensión personal de la divinidad. De hecho, de 389 veces que aparece el nombre “espíritu” en el Texto Masorético y 277 en la versión de los LXX del Antiguo Testamento, la expresión compuesta “espíritu santo” aparece sólo tres veces en el hebreo del Texto Masorético I, dos veces en el griego de los LXX, y una vez en el griego de Teodoción. En cambio, la expresión “Espíritu Santo” es mucho más frecuente en el Nuevo Testamento, pues aparece 101 veces (de las cuales 41 veces sólo en el libro de los Hechos). La expresión está presente allí en una proporción de menos de un tercio que la palabra πνεῦμα (la cual aparece 379 veces).

Es así que en la Biblia la locución “Espíritu Santo”, no siempre designa al Espíritu divino en el sentido personal como lo solemos entender en la tradición cristiana. En el Antiguo Testamento, ruah o “espíritu” se refiere generalmente al fenómeno cósmico del viento, mientras que en el Nuevo Testamento (mencionado unas 120 veces) tiene claro valor teológico.

Por otra parte, los verbos que describen la acción de ruah-pneuma en la Escritura son muy variados. Así, vemos que en el Antiguo Testamento el Espíritu está encima (Nm 24,2), irrumpe sobre (Jue 14,6.19), se adueña (1Sam 16,14s), se apodera (Jue 6,34), cae sobre (Ez 11,5), entra en (Ez 2,2), se derrama (Is 32,15), empuja (Jue 13,25), lleva lejos (1Re 18,12), toma (Ez 3,14), arroja (2Re 2,16), conduce (Ez 8,3), llena (Dt 34,9). En el Nuevo Testamento también se le aplican variadas acciones: desciende (Mt 3,16 par), viene (Jn 15,26; Hch 1,8), llena (Lc 1,15; Hch 2,4; 4,8.31), reposa sobre (1Pe 4,14), entra (Ap 11,11), habla (Mt 10,20; Ap 2,7), grita (Gal 4,6), está pronto (Mt 26,41), vivifica (Jn 6,62; 1Cor 15,45; 1Pe 3,18), testimonia (Hch 5,32; Rm 8,6), impide (Hch 16,6s), habita en (Rm 8,9.11; 1Cor 3,16), socorre e intercede (Rm 8,26), justifica (1Cor

* Abelardo Bazó Canelón es Licenciado en Filosofía. Universidad Santa Rosa de Lima, Caracas (1997), Licenciado en Educación, UCAB, Caracas (2010), Licenciado en Filosofía (eclesiástica). Universidad Pontificia de la Santa Cruz, Roma (2001). Doctor en Filosofía. Universidad Pontificia de la Santa Cruz, Roma (2003), Doctor en Historia, UCAB (2011), Actualmente se desempeña como Profesor Asociado de Ética y de Metafísica en la UCAB. Director de Estudios del Seminario San Pedro Apóstol de La Guaira. Doctor en Filosofía y en Historia.

6,11), calienta (1Tes 5,19), fructifica (Gal 5,22), es signo de novedad (Rm 7,6; 2Cor 3,6). Podemos percibir por este lenguaje que “el Espíritu no está absolutamente a disposición de los hombres, sino que expresa la trascendencia y la imprevisibilidad de Dios. Del conjunto de la situación lexicológica se desprende lo compleja que es la realidad del Espíritu según la Biblia. Este hecho ya por sí solo indica la riqueza, la polivalencia del Espíritu, que es muy difícil encerrar en una definición, a menos que ésta se contente con afirmar generalidades”.

La cuestión del espíritu en la Escritura, bien se trate de una fuerza impersonal, bien de una persona concreta, tiene su singular complejidad. Por ello la vamos a tratar en varios apartados, tratando de descubrir el significado de la expresión Espíritu Santo y sus sinónimos o palabras afines, en los textos de la Escritura.

1. El Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento

Espíritu, en hebreo ruah, en griego πνεῦμα y en latín spiritus, tiene desde su significado semántico una relación primaria al viento y a la respiración (de hecho, se traduce como viento o sople): “la palabra ‘Espíritu’ tiene relación con ‘respirar’ y sugiere la idea de aliento, de aire que se mueve, de viento, y, en cierto modo, de vida. ‘Espíritu’ indica algo que existe, que es una realidad, que actúa pero que, al mismo tiempo, no se puede ver con los ojos, ni palpar con las manos”⁸. En este contexto el espíritu hace alusión a una fuerza misteriosa (cf. Sal 104; Ex 8, 10).

Podríamos decir que en el Antiguo Testamento aparece el primer estadio semántico de la expresión Espíritu Santo, y constituye la base de lo que significará la misma expresión en el Nuevo Testamento, aun cuando el texto joánico del diálogo con Nicodemo, a propósito del misterioso renacimiento bautismal según el Espíritu (πνεῦμα), designe al espíritu como el viento (πνεῦμα) que “sopla donde quiere; oyes su voz, pero no sabes de dónde viene y a dónde va” (Jn 3,8). Sin embargo, en el Antiguo Testamento “no hay diferencia alguna terminológica para indicar la intervención de Dios tanto en el hombre como en los fenómenos cósmicos. En ambos casos se habla de ruah (de Dios). Así, leemos a propósito del viento que empujó las aguas del mar Rojo para que arrastrara a los egipcios: ‘Al sople de tu ira se aglomeraron las aguas (...) Soplaste con tu aliento, y los cubrió el mar’ (Ex 15,8.10)”. Lo expresa también de modo gráfico el Sal 104,3 cuando dice: “te sirven las nubes de carroza, te deslizas sobre las alas del viento; tomas por mensajeros a los vientos”.

En estos textos se ve un esfuerzo por distinguir claramente el Dios bíblico de los agentes cósmicos, siendo Dios el señor de esos agentes. Así, el Antiguo Testamento, dice Romano Penna, “no llegará nunca a decir (como hará Jn 4,24) que ‘Dios es espíritu’, debido a un posible falso entendimiento inmanentista de semejante locución; a lo más se exclama: ‘¿A dónde podría ir lejos de tu espíritu, a dónde podría huir lejos de tu presencia?’ (Sal 139,7), donde el paralelismo sinonímico entre ‘espíritu’ y ‘presencia’ está, sin embargo, sólo para indicar la ubicuidad de Dios comparado con la del aire (del que en todo caso se dice ‘tu espíritu’), además de su distinción frente al hombre. Pero generalmente en este sentido ruah está presente sin especificaciones divinas; y entonces se habla de brisa ligera (Job 4,15), de viento fuerte (Ex 10,19), de viento impetuoso (Job 8,2), de viento arrollador (Sal 55,9), o también de viento de oriente, del desierto, del mar, etc. Pero es Dios el que lo desencadena (Gen 1,4), lo hace salir (Jer 10,13), lo conduce (Ex 10,13), hace que suba (Nm 11,31), invierte su curso (Ex 10,19), lo para (Sal 107,25)”.

Pero ruah no se circunscribe sólo a un hálito divino, sino que caracteriza también al hombre, ya sea con el significado fisiológico de “aliento, respiración, hálito”, o bien en sentido psicológico-intelectual como “ánimo” en sus diversos estados, y también “capacidad racional y volitiva”¹⁴. En todos estos casos, está Dios en el origen del ruah, puesto que Él es el “Dios de los espíritus que están en todo viviente” (Nm 16,22; 27,16); “Él tiene en su poder el alma de todo ser vivo y el soplo de toda persona humana” (Job 12,10), mientras que el salmista proclama: “Si retiras tu espíritu, expiran y retornan al polvo; si envías tu espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra” (Sal 104,29-30).

El Salmo 51,12-13 expresa de un modo muy sugerente cómo el espíritu es signo de renovación creadora, dejando ver un espíritu en un sentido muy cercano a como se entiende en el Nuevo Testamento: “Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renueva en mí un espíritu nuevo. No me rechaces lejos de tu rostro, no retires de mí tu santo espíritu”. La creación de un “corazón puro” implica el don de un “espíritu nuevo”, lo cual expresa lo más íntimo y personal que hay en el ser humano (cf. Gen 8,21: “El corazón del hombre está inclinado al mal desde la adolescencia”). Esta oración la hace el salmista luego de haber suplicado: “Lávame de todas mis culpas, límpiame de mi pecado” (Sal 51,4). Así pues, dice Penna, “tener en sí el ‘santo espíritu’ de Dios significa ser rehecho desde la raíz, vivir en su presencia, tener ‘la alegría de la salvación’ (Sal 51,14); y todo esto representa una neta superación del estado de pecado, con el cual incluso el Espíritu está en alternativa. Esta temática se prosigue parcialmente en el libro de la Sabiduría, donde *sophía* y *pneuma* se convierten en sinónimos: ‘la sabiduría

no entra en alma malévola... Porque el santo espíritu que nos forma huye de la doblez, se aleja de los pensamientos insensatos y se siente ultrajado si ocurre una injusticia' (Sab 1,4.5; cf. 7,7). La incompatibilidad de la ruah-pneuma con el mal es un dato harto elocuente, tanto sobre el origen como sobre la naturaleza del Espíritu, es decir, sobre su divinidad”.

En otro sentido, en el Antiguo Testamento se puede constatar cómo Dios actúa por medio del Espíritu. Actúa en los jueces, para que puedan cumplir su misión de guiar al pueblo, como en el caso de Sansón (Jue 13,24; 14,6) y Geodón (Jue 6, 34). Actúa en los reyes, como fuerza permanente que les ayuda en su función, como en el caso de David (1Sam 16,13). Actúa también en los profetas, como una fuerza que les impulsa a hablar de Dios, como vemos en Jeremías (Jer 1,18), en Isaías (Is 59,21) o en Oseas (Os 9,7).

En cuanto al anuncio de la efusión de ese espíritu, desde los escritos veterotestamentarios se puede apreciar cómo Dios reitera en varias ocasiones la promesa de un nuevo Espíritu, que se derramará con sus dones (Is 11,1ss) y se reposará sobre el liberador del pueblo (Is 42,1-6; 61,1-4). Este espíritu se derramará no sólo sobre el Mesías, sino también sobre todo el pueblo de Israel (Is 44,3), siendo expresión de la fidelidad de la Palabra de Dios (Is 59,21; Sal 143,10) y de su alianza (Ex 36,27; Jer 31,31-34). También se puede apreciar en algunos profetas el anuncio de una efusión universal de este espíritu, sobre “toda carne”, como es el caso de Jl 3,1-3.

Es importante precisar que la promesa en algunos pasajes de este Espíritu para el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, tiene un mayor desarrollo temático que el anuncio de la unción del Espíritu sobre el Mesías. Isaías habla de “un espíritu de justicia para el que se sienta en el tribunal” (Is 28,6). A partir de aquí, la promesa del espíritu sobre el pueblo se vuelve un tema característico de los profetas del destierro y del postexilio. En efecto, Ezequiel anuncia: “Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo (...), infundiré mi espíritu en ustedes y haré que vivan según mis preceptos y guardando mis leyes” (Ez 36,26.27). Se predice así una efusión que penetra hasta lo más íntimo del hombre, purificándolo y renovándolo en su corazón (cf. Sal 51,12), y dándole la fuerza para cumplir la voluntad de Dios. El mismo Ezequiel vincula el ruah con la resurrección de los muertos (37,5ss), vislumbrando el horizonte de una nueva creación, que abarcará al ser humano en su totalidad. El Deutero-Isaías se hace eco de Ezequiel, cuando dice: “Derramaré mi espíritu sobre tu linaje, mi bendición sobre cuanto nazca de ti. Crecerán como hierba regada, como álamos a la vera de la corriente” (Is 44,3-4).

En el postexilio, Zacarías promete “un espíritu de piedad y de imploración” (12,10), mientras que Joel vislumbra una efusión universal de ese ruah: “Después de esto yo derramaré mi espíritu sobre todos los hombres. Sus hijos y sus hijas profetizarán, sus ancianos tendrán sueños y sus jóvenes visiones. Hasta en los esclavos y las esclavas derramaré mi espíritu aquellos días” (Jl 3,1-2). Se hará realidad así lo que se anunciaba en Nm 11,26-29, y que Pedro verá cumplido el día de Pentecostés en Hch 2,16ss.

En definitiva, podemos apreciar en el Antiguo Testamento, con respecto a la palabra espíritu, una especie de principio divino o tearquismo, “que hace del espíritu una propiedad de Dios, el cual lo otorga como quiere; o, mejor, en el dinamismo de la ruah, tanto en sentido antropológico como cosmológico, se revela la presencia activa del mismo Dios. Él es fundamentalmente un principio de relación Dios-mundo y Dios-hombre, como se manifiesta aún más claramente a nivel de historia de la salvación y de actividad creadora”¹⁹. Así pues, el ruah es teárquico porque es un principio divino, una propiedad divina, una manifestación divina, que fundamenta la relación de Dios con el mundo y con el ser humano.

Sin embargo, en el Antiguo Testamento no existe una clara teologización de la expresión Espíritu Santo, ni se emplea referida a una persona concreta, al menos explícitamente, y allí radica su principal distinción con respecto a los textos del Nuevo Testamento. El espíritu, en los textos veterotestamentarios, suele tener un sentido teárquico y profético: el espíritu es una manifestación de Dios, y se anuncia su efusión para los tiempos mesiánicos. Otro aspecto importante del tema en la Antigua Alianza es el anuncio de la efusión de ese espíritu para todas las naciones, donde se palpa el destino universal del espíritu de Dios, y que enlaza perfectamente con la vocación de todo miembro de ese pueblo de Dios a recibir la efusión de ese espíritu. El Nuevo Testamento, en cambio, es mucho más explícito en el sentido de la expresión Espíritu Santo y sus equivalentes, como veremos a continuación.

2. El πνεῦμα ἅγιο en el Nuevo Testamento

Antes de abordar el tema del Espíritu en el Nuevo Testamento, acotaremos con Dionisio Borobio que la Escritura en ocasiones emplea algunos símbolos para referirse al Espíritu Santo. Los más comunes son el agua, el aliento, el crisma, el fuego, la paloma, el soplo y el viento. Recordemos que la palabra espíritu significa viento. Sin embargo, el Nuevo Testamento usa la expresión en este sentido sólo en Jn 3,8 y en Hb 1,7 (citando a Sal 103,4). También lo emplea en

el sentido de respiración vital, a propósito de la muerte de Jesús en Mt 27,50 y Lc 23,46, referido a la resurrección de la hija de Jairo en Lc 8,55 (“retornó el espíritu a ella”), a la entrega del espíritu de Esteban en Hch 7,59; y con un sentido equivalente en St 2,26 y Ap 13,15.

Hay pasajes neotestamentarios en los que el πνεῦμα aplicado a los hombres indica la simple subjetividad o interioridad personal (cf. Mt 5,3; Hch 17,16; 1Cor 2,11; 5,3.4.5; 7,34; 16,18; 2Cor 2,13; 7,1.13; Hb 12,23; St 4,5; Ap 22,6). En otras perícopas se podría descubrir una referencia al Espíritu divino en cuanto participado al hombre (cf. Lc 1,4.80; Hch 18,25; 19,21; Rm 1,9; 8,10.16; 1Cor 6,17; 14,14; 2Cor 12,18; Gal 6,18; Ef 2,18; 4,3.4.23; Flp 1,27; 2,1; 4,23; Col 2,5; 1Tes 5,23; 2 Tim 4,22; Flm 25; Hb 4,12; 1Pe 3,4). Esta cantidad de textos indica una fluidez semántica del término, que es muy familiar en el Nuevo Testamento. Podemos notar también que en la mayoría de los pasajes hay una fuerte teologización de la expresión πνεῦμα ἄγίοV. Al respecto, Penna prefiere hablar de “una típica cristianización, ya que toda la novedad pneumatológica se funda ahora en la relación original entre el Espíritu y Jesucristo; pues está unido a su nacimiento, vinculado con su vida terrena, sobre todo como objeto de enseñanza, constituye su dotación original de resucitado, es principio en el cristiano de configuración cotidiana con él, es constitutivo de la identidad y de la misión de su comunidad eclesial y, finalmente, orienta al bautizado a la comunión escatológica con él”.

A propósito de esta teologización de la expresión, hay que precisar que en el nuevo Testamento, el Espíritu Santo recibe diversos nombres: Espíritu de adopción (Rm 8,15), Espíritu de Dios y de Cristo (Rm 8,9); Espíritu de gracia (Hb 10,29), Espíritu del Hijo de Dios (Gal 4,6); Espíritu del Padre (Mt 10,20; Ef 3,15), Espíritu de promisión (Ef 1,13); Espíritu de revelación (Ef 1,13), Espíritu de sabiduría (1Co 12,8), Espíritu de santificación (Rm 1,4); Espíritu de verdad (Jn 16,7). Podríamos aventurar que la mayoría de estas expresiones se refiere a la misma realidad.

Schierse menciona los numerosos pasajes neotestamentarios que mencionan a este espíritu: “se le llama expresamente to πνεῦμα to Qeou (1Cor 2,11.14; 3,16; 6,11 o pneuma (Rm 8,9.14; 1Cor 7,40; 12,3; 2Cor 3,3; Flp 3,3). El Espíritu es referido a Dios en 1Cor 2,12 (o πνεῦμα to ek qeou), 1Tes 4,8 (to πνεῦμα autou to ἄγιον) y Rm 8,11 (tou... autou pneumatoV). Rm 8,11 ofrece en cierto sentido el puente de transición hacia la concepción cristológica del Espíritu (en una reflexión sistemática): «Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros...». Así, puede llamarse al Espíritu πνεῦμα Cristou (Rm 8,9), to πνεῦμα Ihsou Cristou (Flp 1,19), to πνεῦμα Kiriou (2Cor 3,17) o

to πνεῦμα του υιου αυτου (Gal 4,6). En la inmensa mayoría de los pasajes, Pablo habla simplemente del πνεῦμα, o πνεῦμα ἅγιον (con o sin artículo). El sentido específico puede ser muy distinto en cada pasaje y debe establecerse en cada caso de acuerdo con el contexto. En algunas ocasiones aparece también el plural pneumata para designar la pluralidad de los dones del Espíritu (1Cor 12,10; 14,12.32). Tienen importancia, finalmente, los numerosos pasajes en que aparece el genitivo explicativo: «Espíritu de santidad» (Rm 1,4; cf. 2Tes 2,13: en agiasmw pneumatōn), «Espíritu de filiación» (Rm 8,15), «Espíritu de fe» (2Cor 4,13), «(ley) del Espíritu de vida» (Rm 8,2), «Espíritu de mansedumbre» (Gal 6,1) y también «participación» y, respectivamente, «comunicación del (santo) Espíritu» (2Cor 13,13; Flp 2,1) y «arras del Espíritu» (2Cor 1,21s; 5,5)».

Constatamos así que la palabra espíritu en sus diversas formas y con variados adjetivos, posee en el Nuevo Testamento una relativa frecuencia y las veces que aparece lo suele hacer con una fuerte teologización.

Este Espíritu, como ya hemos dicho, se derrama fundamentalmente sobre el Mesías, ungido por el Espíritu Santo (Lc 4,18; Mt 12,18). En efecto, movido por este espíritu, Jesús va al desierto (Lc 4,1), lucha contra las tentaciones del demonio (Mt 4,1), comienza a predicar (Lc 4,14), libra a los oprimidos por el mal (Mt 12,28) y hace milagros (Lc 4,18). Es el espíritu quien viene sobre María en la encarnación (Lc 1,35), y desciende en forma de paloma en el bautismo en el Jordán (Mt 3,16; Mc 1,10; Lc 3,22). Como vemos, la presencia del Espíritu Santo en la tradición sinóptica es relativamente intensa: está presente en momentos trascendentales como la concepción de Jesús, engendrado por obra y gracia del Espíritu Santo (Mt 1,18.20; Lc 1,35); el inicio de su ministerio público con su bautismo (Mt 3,16; Mc 1,10; Lc 3,22), y también en sus conflictos con los malos espíritus, en sus milagros y en sus profecías.

Cristo promete este Espíritu a sus discípulos, como don, fruto mesiánico de su obra redentora (Jn 7,39; 20,22ss; Hch 2,33). Lucas por su parte habla expresamente de la promesa del Espíritu desde una perspectiva de historia de la salvación en Lc 24,49 y Hch 1,8: “recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”. Así pues, el Espíritu es esencialmente algo “enviado” (Gal 4,6; 1Pe 1,12), “derramado” (cf. Hch 2,17s.33; Rm 5,5; 1Cor 12,13; Tit 3,6), “dado” (cf. Jn 19,30; 2Cor 1,22; 5,5; Ef 1,17; 1Tes 4,8; Jn 3,24; 4,13), “otorgado” (cf. Gal 3,5; Flp 1,19) y que, correspondientemente, es “recibido” (cf. Jn 7,39; Rm 8,15; 1Cor 2,12; 2Cor 11,4; Gal 3,2.14) y de lo que se puede “estar lleno” (Ef 5,18). Es así como el espíritu divino “habita” (Rm 8,9.11; 1Cor 3,16) o “mora” (Rm 8,11; 2Tim 1,14) en el cristiano como algo que “se posee” (cf. Rm 8,9; 1Cor 7,40; 2Cor 4,13), según el lenguaje paulino.

También Juan y Lucas desarrollan una peculiar teología pneumatológica, quizás la más rica del Nuevo Testamento. Bruce Vawter explica que: “Desde muy antiguo Hch ha recibido el nombre de «evangelio del Espíritu» por su carácter de testimonio universal (otro tema joánico) bajo el impulso del Espíritu Santo (cf. Hch 1,8). Mientras Lucas escribió, además del Evangelio, un segundo libro para desarrollar en él la función del Espíritu en la Iglesia, Juan se vio obligado a condensar esta etapa de la historia de la salvación en el módulo del evangelio. Existe, además, una diferencia entre las dos formas de tratar el tema del Espíritu. Lucas pone el énfasis en el Espíritu como poder que lleva a la Iglesia hacia su destino católico; Juan pone el acento en el Espíritu como santificador y principio de la vida del cristiano”. Son distintos en la forma de abordar al Espíritu de Dios, pero a fin de cuentas coinciden en mencionar al pneumático personaje como un ser individual y singular.

Vista la riqueza de la cuestión en el Nuevo Testamento, nos vamos a detener ahora en los equivalentes de la expresión “Espíritu Santo” en los escritos joánicos, para pasar luego a los escritos paulinos y a los lucanos. Sobre las especificidades de los otros textos neotestamentarios, podemos referirnos con Kamlah “a un sentido del vocablo «espíritu» que rebasa el uso lingüístico común al cristianismo primitivo mencionado en Pablo: en St 2,26, el espíritu = el principio que vivifica el cuerpo, que hace que Dios habite en nosotros y, que, a causa de esto, se muestra celoso (St 4,5). En 1Pe 3,19 y Hb 12,23 el término «espíritu» se refiere a los difuntos; en Hb 1,7.14; 12,9, a los seres celestiales. El Ap parte de la acepción judía del vocablo. El espíritu provoca el éxtasis de los apocalípticos (1,10 y passim) y habla a las iglesias (2,7; 22,17 y passim); los siete arcángeles son llamados espíritus (1,4 y passim) al igual que los demonios (16,13s). En 11,11 y 13,15 se alude al espíritu que da la vida”.

El Pveñma en los escritos joánicos

El cuarto evangelio es el documento neotestamentario que más enfatiza la promesa del Espíritu Santo, al tiempo que hace de él numerosas referencias explícitas. En su pneumatología, Juan refuerza el concepto paulino de filiación, atribuyendo al Hijo un papel determinante en el envío del Espíritu. De esta manera, según Vawter, “Juan inició una teología triádica más elaborada (es decir, una teología sobre tres agentes divinos de la salvación: Padre, Hijo y Espíritu)